

HORA SANTA POR LAS VOCACIONES SACERDOTALES

ORACIÓN INICIAL

Señor Jesucristo,
Tú prometiste siempre dar a tu Iglesia pastores.
En la fe, sabemos que tu promesa no puede fallar.
Confiando en el poder del Espíritu Santo que trabaja en la Iglesia,
nosotros elevamos nuestras plegarias por tus sagrados ministros del Pueblo Santo,
para que el sacrificio en el cual Tú diste tu Cuerpo y Sangre
pueda ser diariamente renovado en el mundo hasta que lleguemos a ese Reino
donde Tú vives con el Padre y el Espíritu Santo,
un Dios, por los siglos de los siglos.

Todos: **Amén.**

LITURGIA DE LA PALABRA

Primera Lectura

Lectura del primer libro de Samuel

En los tiempos en que el joven Samuel servía al Señor a las órdenes de Eli, la palabra de Dios se dejaba oír raras veces y no eran frecuentes las visiones.

Los ojos de Eli se habían debilitado y ya casi no podía ver. Una noche, cuando aún no se había apagado la lámpara del Señor, estando Eli acostado en su habitación y Samuel en la suya, dentro del santuario donde se encontraba el arca de Dios, el Señor llamó a Samuel y éste respondió: "Aquí estoy". Fue corriendo a donde estaba Eli y le dijo: "Aquí estoy. ¿Para qué me llamaste?" Respondió Eli: "Yo no te he llamado. Vuelve a acostarte". Samuel se fue a acostar. Volvió el Señor a llamarlo y él se levantó, fue a donde estaba Eli y le dijo: "Aquí estoy. ¿Para qué me llamaste?" Respondió Eli: "No te he llamado, hijo mío. Vuelve a acostarte".

Aún no conocía Samuel al Señor, pues la palabra del Señor no le había sido revelada. Por tercera vez llamó el Señor a Samuel; éste se levantó, fue a donde estaba Eli y le dijo: "Aquí estoy. ¿Para qué me llamaste?"

Entonces comprendió Eli que era el Señor quien llamaba al joven y dijo a Samuel: "Ve a acostarte, y si te llama alguien, responde: 'Habla, Señor; tu siervo te escucha' ". Y Samuel se fue a acostar.

De nuevo el Señor se presentó y lo llamó como antes: "Samuel, Samuel". Éste respondió: "Habla, Señor; tu siervo te escucha".

Palabra de Dios.

Todos: **Te alabamos, Señor.**

Salmo Responsorial Salmo 15

R. Tú, Señor, eres mi herencia.

Protégeme, Dios mío, que me refugio en ti;
yo digo al Señor: "Tú eres mi bien".
El Señor es el lote de mi heredad y mi copa;
mi suerte está en tu mano.

R. Tú, Señor, eres mi herencia.

Bendeciré al Señor, que me aconseja,
hasta de noche me instruye internamente.
Tengo siempre presente al Señor,
con él a mi derecha no vacilaré.

R. Tú, Señor, eres mi herencia.

Me enseñarás el sendero de la vida,
me saciarás de gozo en tu presencia,
de alegría perpetua a tu derecha.

R. Tú, Señor, eres mi herencia.

Oración en silencio.

R. Aleluya, aleluya.

Yo los he elegido del mundo, dice el Señor,
para que vayan y den fruto y su fruto permanezca.

R. Aleluya.

Evangelio

+ Lectura del santo Evangelio según san Juan

En aquel tiempo, estaba Juan el Bautista con dos de sus discípulos, y fijando los ojos en Jesús, que pasaba, dijo: "Éste es el Cordero de Dios". Los dos discípulos, al oír estas palabras, siguieron a Jesús. Él se volvió hacia ellos, y viendo que lo seguían, les preguntó: "¿Qué buscan?" Ellos le contestaron: "¿Dónde vives, Rabí?" (Rabí significa 'maestro'). Él les dijo: "Vengan a ver".

Fueron, pues, vieron dónde vivía y se quedaron con él ese día. Eran como las cuatro de la tarde. Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que oyeron lo que Juan el Bautista decía y

siguieron a Jesús. El primero a quien encontró Andrés, fue a su hermano Simón, y le dijo: "Hemos encontrado al Mesías" (que quiere decir 'el Ungido'). Lo llevó a donde estaba Jesús y éste, fijando en él la mirada, le dijo: "Tú eres Simón, hijo de Juan. Tú te llamarás Kefás" (que significa Pedro, es decir 'roca').

Al día siguiente determinó Jesús ir a Galilea, y encontrándose a Felipe, le dijo: "Sígueme". Felipe era de Betsaida, la tierra de Andrés y de Pedro.

Felipe se encontró con Natanael y le dijo: "Hemos encontrado a aquel de quien escribió Moisés en la ley y también los profetas. Es Jesús de Nazaret, el hijo de José". Natanael replicó: "¿Acaso puede salir de Nazaret algo bueno?" Felipe le contestó: "Ven y lo verás".

Cuando Jesús vio que Natanael se acercaba, dijo: "Este es un verdadero israelita en el que no hay doblez". Natanael le preguntó: "¿De dónde me conoces?" Jesús le respondió: "Antes de que Felipe te llamara, te vi cuando estabas debajo de la higuera". Respondió Natanael: "Maestro, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el rey de Israel". Jesús le contestó: "Tú crees, porque te he dicho que te vi debajo de la higuera. Mayores cosas has de ver". Después añadió: "Yo les aseguro que verán el cielo abierto y a los ángeles de Dios subir y bajar sobre el Hijo del hombre".

Palabra del Señor.

Todos: **Gloria a ti, Señor**

Plegaria Universal

Celebrante: Dios escoge aquellos a quienes Él quiere, oremos al Señor para que envíe trabajadores a sus campos:

Todos: **Señor, confiamos en ti.**

Ministro: Tal como Tú llamaste a Abraham para ser padre de muchas naciones, inspira a muchos jóvenes a responder a tu llamada.

Todos: **Señor, confiamos en ti.**

Ministro: Tal como Tú llamaste a Moisés, tendiendo las multitudes de Jetro, proporciona pastores dignos a tu pueblo en nuestro día.

Todos: **Señor, confiamos en ti.**

Ministro: Tal como Tú llamaste a Aarón para servirte en tu templo, llama a los hombres para que sirvan a tu Iglesia en la imagen de Cristo.

Todos: **Señor, confiamos en ti.**

Ministro: Tal como hablaste para despertar a Samuel con tu llamada, abre los oídos de tus elegidos.

Todos: **Señor, confiamos en ti.**

Ministro: Tal como cada Sumo Sacerdote fue elegido entre los hombres, así llama a los hombres para ofrecer el santo y vivo sacrificio.

Todos: **Señor, confiamos en ti.**

Ministro: Tal como Eliseo fue ungido por el profeta Elías, dales a los que llamas fuerza para seguirte sin voltear atrás.

Todos: **Señor, confiamos en ti.**

Ministro: Tal como llamaste a los Apóstoles para ser embajadores de Cristo, así envíanos predicadores fervientes para fortificar nuestros espíritus.

Todos: **Señor, confiamos en ti.**

LECTURA *Pastores Dabo Vobis,*

Papá Juan Pablo II

La Iglesia debe acoger cada día la invitación persuasiva y exigente de Jesús, que nos pide que «roguemos al dueño de la mies que envíe obreros a su mies» (Mt 9, 38). Obedeciendo al mandato de Cristo, la Iglesia hace, antes que nada, una humilde profesión de fe, pues al rogar por las vocaciones — mientras toma conciencia de su gran urgencia para su vida y misión— reconoce que son un don de Dios y, como tal, hay que pedirlo con súplica incesante y confiada. Ahora bien, esta oración, centro de toda la pastoral vocacional, debe comprometer no sólo a cada persona sino también a todas las comunidades eclesiales. Nadie duda de la importancia de cada una de las iniciativas de oración y de los momentos especiales reservados a ésta —comenzando por la Jornada Mundial anual por las Vocaciones— así como el compromiso explícito de personas y grupos particularmente sensibles al problema de las vocaciones sacerdotales. Pero hoy, la espera suplicante de nuevas vocaciones debe ser cada vez más una práctica constante y difundida en la comunidad cristiana y en toda realidad eclesial. Así se podrá revivir la experiencia de los apóstoles, que en el Cenáculo, unidos con María, esperan en oración la venida del Espíritu (cf. Hch 1, 14), que no dejará de suscitar también hoy en el Pueblo de Dios «dignos ministros del altar, testigos valientes y humildes del Evangelio».

También la liturgia, culmen y fuente de la vida de la Iglesia y, en particular, de toda oración cristiana, tiene un papel indispensable así como una incidencia privilegiada en la pastoral de las vocaciones. En efecto, la liturgia constituye una experiencia viva del don de Dios y una gran escuela de la respuesta a su llamada. Como tal, toda celebración litúrgica, y sobre todo la eucarística, nos descubre el verdadero rostro de Dios; nos pone en comunicación con el misterio de la Pascua, o sea, con la «hora» por la que Jesús vino al mundo y hacia la que se encaminó libre y voluntariamente en obediencia a la llamada del Padre (cf. Jn 13, 1); nos manifiesta el rostro de la Iglesia como pueblo de sacerdotes y comunidad bien compacta en la variedad y complementariedad de los carismas y vocaciones. El sacrificio redentor de Cristo, que la Iglesia celebra sacramentalmente, da un valor particularmente precioso al sufrimiento vivido en unión con el Señor Jesús. Los Padres sinodales nos han invitado a no olvidar nunca que «a través de la oblación de los sufrimientos, tan frecuentes en la vida de los hombres, el cristiano enfermo se ofrece a sí mismo como víctima a Dios, a imagen de Cristo, que se inmoló a sí mismo por todos

nosotros (cf. Jn 17, 19)», y que «el ofrecimiento de los sufrimientos con esta intención es de gran provecho para la promoción de las vocaciones».

En el ejercicio de su misión profética, la Iglesia siente como urgente e irrenunciable el deber de *anunciar y testimoniar el sentido cristiano de la vocación*: lo que podríamos llamar «el Evangelio de la vocación». También en este campo descubre la urgencia de las palabras del apóstol: «¡Ay de mí si no evangelizaré!» (1 Cor 9, 16). Esta exclamación resuena principalmente para nosotros pastores y se refiere, juntamente con nosotros, a todos los educadores en la Iglesia. La predicación y la catequesis deben manifestar siempre su intrínseca dimensión vocacional: la Palabra de Dios ilumina a los creyentes para valorar la vida como respuesta a la llamada de Dios y los acompaña para acoger en la fe el don de la vocación personal.

LETANÍA A NUESTRO SEÑOR EN LA EUCARISTÍA

Señor, ten piedad.

R. Señor, ten piedad.

Cristo, ten piedad.

R. Cristo, ten piedad.

Señor, ten piedad.

R. Señor, ten piedad.

"El pan que yo daré es mi carne y lo daré para la vida del mundo." (Jn 6, 51c)

R. ¡Señor mío y Dios mío!

"Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida." (Jn 6, 55)

R. ¡Señor mío y Dios mío!

"Tomad y bebed todos de él, porque este es mi Cuerpo, que será entregado por vosotros... Este es el cáliz de mi Sangre, Sangre de la alianza nueva y eterna." (Misal Romano: Plegaria Eucarística I)

R. ¡Señor mío y Dios mío!

"La copa de bendición que bendecimos, ¿no es comunión con la sangre de Cristo?" (1 Cor 10, 16)

R. ¡Señor mío y Dios mío!

"[Heréticos] se abstienen de la Eucaristía... porque ellos no admiten que la Eucaristía sea la carne de nuestro Salvador Jesucristo, cuya carne sufrió por nuestros pecados y a quien el Padre resucitó por su bondad." (San Ignacio de Antioquía)

R. ¡Señor mío y Dios mío!

"[Esta Eucaristía] ha sido bendecida por palabras instituidas por Él y de ellas, nuestra carne y sangre por asimilación son nutridas. Nosotros estamos enseñando que ambos son la carne y la sangre de Jesús encarnado." (San Justino Mártir)

R. ¡Señor mío y Dios mío!

"Lo que parece ser pan no es pan, aunque es sensible al gusto, sino el Cuerpo de Cristo; y lo que parece ser vino no es vino, aunque tenga el gusto, sino la Sangre de Cristo." (San Cirilo de Jerusalén)

R. ¡Señor mío y Dios mío!

"Ustedes deben participar de la Mesa Santa mientras no tengan ninguna duda referente a la realidad del Cuerpo y Sangre de Cristo. Porque lo que se toma en la boca es lo que es creído por la fe y es en vano para ellos responder 'Amén' cuando no acepta lo que se recibe." (San León Magno)

R. ¡Señor mío y Dios mío!

"La vista, el tacto y el gusto cada uno es engañoso; pero la audición es solamente con seguridad creíble." (Santo Tomás de Aquino)

R. ¡Señor mío y Dios mío!

PADRE NUESTRO

El celebrante dice o canta:

Oremos juntos como Cristo nos enseñó:

Todos: Padre nuestro...

Oremos...

**Señor, Dios nuestro,
enséñanos a vivir en nuestros corazones
el misterio de la Pascua de tu Hijo,
por el cual, Tú redimiste al mundo.
Cuida amorosamente los regalos de gracia
que por tu amor hemos recibido
y llévalos a su culminación
en la gloria del cielo.
Te lo pedimos por Cristo nuestro Señor.**

Todos: Amen